

Gregorio Marañón

«La polémica acompaña siempre a la mejor ópera»

PRESIDENTE DEL PATRONATO DEL TEATRO REAL, PERO NO SOLO

► Nieto de una figura señera del siglo XX español, este abogado hábil y conciliador vuelca en el Teatro Real su pasión por la ópera de la vida

ALFONSO ARMADA
MADRID

Lleva como un blasón el nombre de una de las figuras más ilustres del asendereado siglo XX español, su abuelo, Gregorio Marañón. La lista de los consejos de administración (como Roche Farma y Logista) y patronatos (como el del Teatro de la Abadía y el del Teatro Real, la niña de sus ojos) que preside demuestra que el abogado Gregorio Marañón y Bertrán de Lis (Madrid, 1942) es un rey Midas del tiempo. Le saca un partido insólito con la mejor de las sonrisas, que le ha servido en su vida empresarial llena de afanes culturales para lograr conciliar lo inconciliable. Es un hombre de poder que hace sentirse a su interlocutor como un igual. Es uno de sus muchos talentos.

—Contemplando retrospectivamente lo que ha sido su vida, ¿dónde pondría el énfasis, en el carácter o en el destino?

—No creo en el destino y sí en la influencia del azar y las circunstancias, pero nuestra vida responde esencialmente a la voluntad y al esfuerzo propios. En definitiva, la responsabilidad de lo que somos es sólo nuestra y no podemos transferirla.

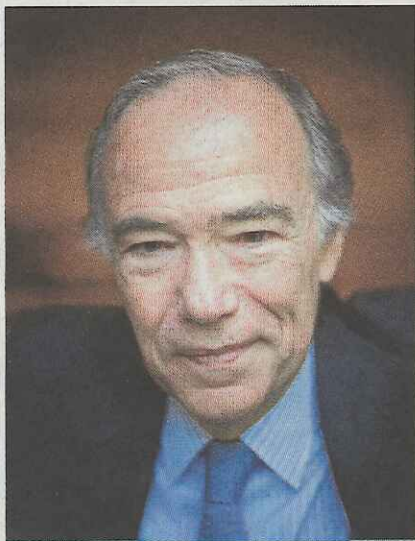
—La imagen que Gyenes tomó de su abuelo, de su padre y de usted en el Cigarral de Menores de Toledo se ha convertido en un emblema de su vida, aparece como un escudo de armas. ¿Qué representa?

—No soy consciente de que tenga esa trascendencia, pero es una preciosa imagen que para mí representa la continuidad de nuestra tradición familiar. Gyenes escribió a mano sobre esta fotografía el título «Tempus fugit». También tiene este sentido, más melancólico, del fluir de las generaciones ante ese reloj de sol que describió Azorín.

—¿Aprendió más de él que de su progenitor?

—De los padres aprendemos inicialmente todo. Al mío le debo mi pasión por la lectura y el sentido del trabajo que me transmitió. Pero, ciertamente, mi abuelo es mi principal referencia en mi manera de entender la vida.

—Ha mencionado que la estrecha relación de pareja que su abuelo tuvo con su esposa es una de las claves,



“

Carácter o destino

«Nuestra vida responde esencialmente a la voluntad y el esfuerzo propios»

Mortier, el provocador

«Gerard Mortier, que tiene un inteligente sentido dialéctico, a veces resulta provocador»

Los indignados y la ópera

«No solamente queremos entretener, sino reflejar las grandes cuestiones de la condición humana»

acaso la más honda, de su fructífera vida intelectual, profesional y personal. ¿Se trata de la ejemplaridad pública, como predica su amigo Javier Gomá, que no puede ser auténtica si no lo es también íntima?

—Este es el caso, y estoy seguro de que Javier Gomá lo valoraría igual. Mis abuelos concibieron juntos, cuando apenas tenían veinte años, desde su profundo enamoramiento, un proyecto de vida en común, de fecundo compromiso familiar, profesional, intelectual y social, al que fueron fieles.

—Humanista, liberal, médico, ilustrado, demócrata, anticomunista, es-

critor... La obra de su abuelo forma parte de la Historia de España. ¿Qué tiene de él?

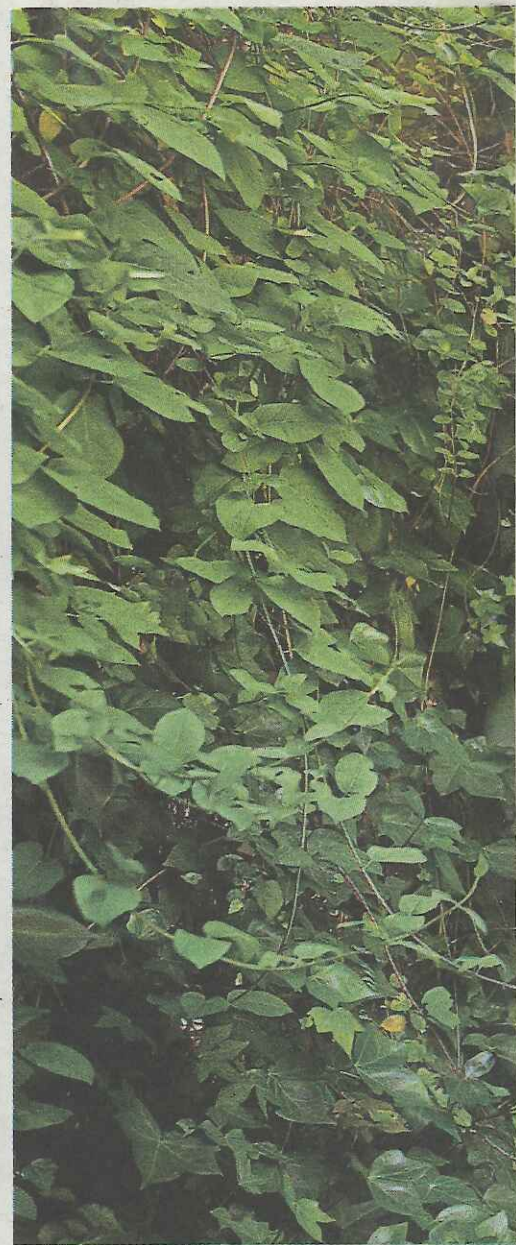
—Las grandes figuras públicas son de todos, no pertenecen sólo a sus familias. De mi abuelo Marañón tengo su ejemplo, y por supuesto el recuerdo entrañable de mi convivencia familiar con él. Y, como él, he sido siempre demócrata y liberal. Espero haber llegado también a ser ilustrado.

—Carmen de Zulueta tituló sus memorias «La España que pudo ser. Memorias de una institucionista republicana». Quizá lo mejor de la república fue su empeño educativo, que el franquismo echó a perder. ¿Es nuestra mayor falla como país? ¿Cómo podemos rescatar ese fervor por la educación, por los maestros?

—Resulta sorprendente que teniendo un pésimo sistema educativo no hayamos escuchado de los responsables universitarios una crítica al hecho de que ni una sola universidad española figure entre las 250 primeras del mundo, ni a ningún maestro denunciar el fenómeno del fracaso escolar, y que cuando el Gobierno plantea una ambiciosa reforma educativa para afrontar esta lamentable situación, el mundo docente se movilice en contra de la iniciativa. Una vez que pase esta tormenta, la sociedad española tiene que concienciarse de que una gran parte de nuestro futuro colectivo nos lo jugamos en la educación de los jóvenes.

—Mortier fue su gran apuesta para el Teatro Real. ¿Ha entendido él a Madrid y, sobre todo, le ha entendido Madrid a él?

—El acuerdo de contratar a Gerard Mortier se tomó por unanimidad y ha constituido un extraordinario acierto. Ha mejorado decididamente la calidad de nuestra orquesta y ha formado un nuevo coro que es uno de los mejores de Europa. La producción artística cuesta ahora un 20% menos que en la etapa anterior; en la temporada actual la ocupación media supera el 90% y el Real se ha abierto a nuevos públicos y a los jóvenes. Con todo ello, el Teatro Real se ha convertido en la ópera de referencia nacional, con un proyecto de dimensiones internacionales, capaz de atraer a directores y cantantes de primer nivel. Es cierto que una parte del público está en contra, en parte por prejuicios que poco a poco se van venciendo. Respeto su postura, y debemos tenerla en cuenta, pero creo que responde a las mismas motivaciones que llevaron a rechazar, con una escandalosa protesta, el estreno en Italia de «La Traviata» o las óperas de Wagner a principios del siglo XX. En



estos trances, la última palabra la tiene el tiempo.

—Ópera de vanguardia para un público que todavía está en formación, u ópera clásica para contentar a los melómanos eternamente abonados. ¿En qué medida ha aplicado sus conocidas dotes como mediador para lograr un equilibrio entre tradición y modernidad?

—En cualquier caso, la próxima temporada es excelente y ofrece ese deseable equilibrio entre tradición y modernidad. La polémica es vivificante, y ha acompañado siempre a la mejor ópera. Lo peor es el aburrimiento y la insignificancia. Mortier, que tiene un inteligente sentido dialéctico, a veces resulta provocador. Si a esto unimos alguna imprecisión en el uso del español por su parte, y por la nuestra ese sentido del honor calderoniano que aún nos caracteriza, sobre todo ante un extranjero, el incidente está servido. En lo que puedo, intento siempre desactivarlo.

—¿Cómo va la captación de fondos entre las empresas para tapar los descubiertos de la financiación pública del Real que parece haberse ido para no volver?

—La presencia de la sociedad civil en el Teatro Real es muy importante, sin que ello afecte al carácter público de



Gregorio Marañón, sentado en el alféizar de su despacho en la colonia madrileña de la Cruz del Rayo, donde vive y trabaja

IGNACIO GIL

nuestra institución. No existe ningún teatro de referencia en Europa que sólo cuente con un 30% de aportaciones públicas. También pienso que es el límite de nuestra sostenibilidad. Las aportaciones privadas equivalen hoy a las públicas. Constituyen una ejemplar y generosa respuesta de nuestros empresarios en defensa de una institución cultural que consideran necesaria. El resto son ingresos que genera el propio teatro. Este patrocinio privado viene atraído por el prestigio del Teatro Real, que es la primera institución cultural española en el ámbito de las artes escénicas y musicales; por la ambición de nuestro proyecto artístico; y porque en el Teatro Real la sociedad civil encuentra también el debido cauce de participación.

—¿Cómo persuadiría a los indignados que acamparon no muy lejos del Teatro Real de que la ópera no sólo es un arte de nuestro tiempo sino que lo que están haciendo ahora tiene que ver con la mejora de la realidad?

—Si me lo permitieran, les explicaría que lo que supuso el teatro en la Grecia clásica sigue vivo en el proyecto del Teatro Real. No solamente queremos entretener, sino reflejar las grandes cuestiones de la condición humana y de nuestro tiempo, reflexionando so-

bre ellas y abriendo los interrogantes que comportan. Pero lo más eficaz sería invitarles a una representación y que comprobaran, sin demagogia alguna, el valor social de la cultura.

—¿Qué habría que hacer para reconstruir la trama de los afectos entre los españoles, para que la parte de Cataluña y el País Vasco que no se sienten España entendieran que sin ellos no somos y que sin nosotros tampoco serán?

«Recuperar el espíritu de la Transición»

—La Transición se forjó en tradiciones no muy españolas: el diálogo, la cesión, el pacto, la generosidad, el olvido. ¿Qué habría que recuperar de aquel milagro político que desembocó en un milagro económico para encauzar esta hora que parece una fábrica de desgarros?

—Estoy convencido de que hay que recuperar el espíritu de la Transi-

—Los afectos cuando se rompen, también en el ámbito personal, sólo pueden recomponerse con mucho respeto, con mucho diálogo, y haciendo el generoso ejercicio de ponerse en el lugar del otro. También se requiere que por las dos partes exista una auténtica voluntad de recomposición.

—Entre sus muchos asientos en consejos de administración y patronatos, ¿cuál le trae más quebraderos de cabeza, el del Real o el de Prisa?

ción para resolver los problemas actuales, abordar las necesarias reformas, incluso las constitucionales, y alumbrar un futuro que de nuevo ilusione. De esas condiciones que menciona sólo prescindiría del olvido, pues la mejor manera de comprender el presente es conocer la Historia. Si algún defecto tuvo la Transición fue precisamente que, por el deseo legítimo que teníamos todos de superar definitivamente el desgarró de la Guerra Civil, su olvido conllevó otros olvidos históricos, lo que comportó algunos errores que aún se están pagando.

—Los que mantienen alguna vinculación con un medio de comunicación habrán experimentado el fenómeno de que nadie te llama para agradecer una buena entrevista, una foto favorecedora, una información conveniente o un editorial en la línea de su pensamiento. Por el contrario, cuando lo publicado no es de su agrado, inmediatamente te lo comentan con un tono de reproche como si estuviera en tu mano influir en las decisiones de una Redacción independiente. En el Real es distinto: los éxitos y los fracasos de las representaciones se producen en el mismo momento en el que terminan y, en general, el aplauso y la protesta se dirigen sólo al escenario.

—¿Quién es Gregorio Marañón y Bertrán de Lis?

—Un ciudadano comprometido con su tiempo; español y europeo a la vez; liberal, independiente y socialmente solidario; creyente; enamorado de su mujer, con la que conforma una extraordinaria familia con hijos y nietos; que dedica una parte importante de su tiempo al mundo de la empresa, al ejercicio desinteresado de responsabilidades de gobierno en relevantes instituciones culturales, y a terminar un libro que recoge la memoria de cuatro siglos de un cigarral toledano.